



Natalia Sanmartin Fenollera

# Un cuento de Navidad para Le Barroux



Natalia Sanmartin Fenollera

UN CUENTO DE NAVIDAD  
PARA LE BARROUX

Ilustraciones de Michaela Harrison

 Planeta

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Natalia Sanmartin Fenollera, 2020

Autora representada por la Agencia Literaria Dos Passos

© de la ilustración de la portada, Michaela Harrison

© de las ilustraciones del interior, Michaela Harrison

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: noviembre de 2020

Depósito legal: B. 18.443-2020

ISBN: 978-84-08-21892-0

Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.

Impresión y encuadernación: Liberdúplex

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**

## I

El niño abrió la puerta de la habitación y entró de puntillas. Su madre dormía a plena luz del día en una cama amplia y mullida, el pelo rubio y desordenado sobre la almohada. Se acercó a ella y observó fascinado una araña de patas largas y finas sobre la almohada, muy cerca de su rostro. Muy despacio, levantó una mano marcada con restos de calcomanías y tapó suavemente los ojos a la durmiente, mientras con la otra cogía la araña y la aplastaba con satisfacción entre los dedos.

«Estate quieta, mamá», ordenó en un susurro.

Ella asintió con un mohín suave y perezoso, y el niño aprovechó para limpiarse los restos de la araña en la camiseta.

«Ya está —dijo—. Ya la he matado. Era una araña.»

La durmiente abrió los ojos y miró a su hijo con ternura.

«¿De verdad? Gracias, tesoro, me dan tanto miedo...»

«Ya lo sé, pero no creas que es divertido aplastarlas. Es mucho mejor meterlas en un bote y verlas morir de hambre científicamente.»

La mujer acarició la cabeza del niño. Pensó en lo mucho que se parecía a ella. También pensó en que aún era muy pequeño. Y, de pronto, sintió frío.

«¿Qué clase de araña era?», preguntó con voz quebrada.

«Una *pholcus* —explicó él con seriedad—. No es muy especial, están por todas partes.» Como si pensase que aquello no había hecho suficiente justicia al cadáver, añadió con ojos brillantes: «Pero te digo algo: puede comer arañas más grandes que ella, y cuando no tiene comida, si metes otra *pholcus* en el bote, va y se hace caníbal».

La mujer hizo un gesto de fingido horror. Luego dibujó con el dedo pulgar una línea vertical y después otra horizontal sobre la frente del niño, y lo empujó suavemente hacia la puerta.

«¿Hoy tampoco vas a levantarte?», preguntó él antes de salir.

Ella sonrió sin contestar. Esperó a que se fuera y después permaneció largo rato acostada, contemplando las sombras que la luz y las hojas de los árboles dibujaban en el techo de la habitación.

No, no se levantaría hoy. No podía levantarse hoy. Quizá al día siguiente.

Pero al día siguiente no se levantó. Y tampoco se levantó al siguiente, ni lo hizo al otro. Solo dos semanas después salió al jardín una madrugada y, con un amor y una repugnancia infinitos, cazó una araña de finas y largas patas para su hijo.



*Su madre  
dormía a plena  
luz del día en  
una cama amplia  
y mullida, el  
pelo rubio y  
desordenado sobre  
la almohada*



